

## XXXVI.

Una vez preso el emperador, Cortés fué bastante hábil para conducirse con él. Dejóle en absoluta libertad para gobernar el reino con sus ministros y con sus consejeros, que diera audiencia á sus súbditos y que fallara sus pleitos. El ceremonial con que se le visitaba y se le servía cuando libre, fué respetado; y recibió, además, una reforma que es un rasgo mas de la vil ostentacion de Motecuhzoma. Los nobles que le presentaban la comida, lo hacian de cuatro en cuatro y llevaban los platillos en alto, para que los españoles pudieran ver el sinnúmero de manjares que se les servían. Y continuó en la costumbre de dar á otros lo que á él no le agradaba: solo que, ahora, los españoles que lo custodiaban tenían su parte con los nobles en esa liberalidad.

Tal vez por miedo á mayores atentados, acaso por un rasgo de política mezquina, Motecuhzoma hacia frecuentes y magníficos regalos á los invasores; y siguiendo ese sistema, dejó que tomaran mil vestidos de algodón de muchísimo valor, y grandes cantidades de oro del tesoro de Axayacatl.

Y aun le parecieron pocas esas muestras de respeto, hijas del miedo que tenia á los españoles. Para probarles mas

su buena voluntad, dió á Cortés otra de sus hijas, la cual, con la que le habia dado anteriormente, fué instruida y bautizada, sin que á ello se opusiera el monarca, fanático por sus dioses, y cuya creencia supersticiosa á sus ídolos, era una de las causas principales de su degradacion y de su ruina.

Una de las hijas de que hablamos, fué casada con Cristóbal de Olid.

Y en tanto que Motecuhzoma se inclinaba desde su sólio á los pies de los españoles, Cortés, continuando su idea de engañarle y de engañar á los mexica, hacia que sus soldados respetasen al monarca; y aun quiso castigar á uno de ellos con la muerte, por haberle respondido con altanería, concediéndole la vida á instancia del mismo Motecuhzoma, quien, sin embargo, no pudo impedir que le mandase dar de palos.

Disipados los temores de Cortés con el manejo de Motecuhzoma, le *permitió* salir de los cuarteles españoles, ir á caza y pasearse. El abajado descendiente del Ilhuicamina, aceptó agradecido la licencia de quien ya era su amo, y la aprovechó saliendo muchas veces. Solo que nunca iba acompañado nada mas con sus cortesanos, sino que le escoltaban un número bastante de soldados españoles, ya á pié, cuando iba á los bosques, ya en barcas, cuando iba á los lagos; y cuando iba á pasear á las selvas, dos mil tlaxcaltecas seguían á su persona.

Se ve, pues, que el capitan español siempre recelaba algo, pues á pretexto de ceremonia ó de respeto, hacia que acompañaran al despreciable emperador, sus paisanos ó sus aliados, irreconciliables enemigos de los mexica.

## XXXVII.

Y no era bastante aún todo ese envilecimiento.

Llegados á la corte Cuauhpopoca, un hijo suyo, y otros veinte nobles de Nauhtlan, de los que, por orden de Motecuhzoma, quisieron castigar á los totonacas por su alianza con los españoles, y que batiéndose con aquellos y con los que de los últimos les auxiliaron, dieron muerte á Juan de Escalante, el emperador les echó en cara su proceder, y sin dejarlos disculparse, los entregó á Cortés para que les castigara.

Cortés les interrogó y los encontró convictos y confesos: solo que, viéndose perdidos y creyendo su muerte inevitable, acabaron por declarar que todo lo habian hecho de orden de Motecuhzoma, pues sin ella, no se habrian atrevido á cometer la accion por que se les juzgaba.

Cortés ordenó que se les quemase vivos enfrente del real palacio; y la sentencia se ejecutó, á pesar de que Cuauhpopoca aseguró de nuevo que habia obrado por orden de Motecuhzoma, y esto lo afirmaba ya atado de pies y manos y colocado sobre la hoguera.

Y la hoguera estaba formada de una inmensa cantidad de armas ofensivas y defensivas de los aztecas.

Compréndese desde luego que Cortés procuraba por todos los medios posibles, debilitar á sus enemigos, puesto que exigió de Motecuhzoma que aquellas armas sirviesen para el suplicio de Cuauhpopoca.

Hábil conquistador, imbécil rey.

Cuauhpopoca, viéndose perdido, oró á sus dioses, y exhortó á sus compañeros para que muriesen dignamente.

Y ardió la hoguera, y en presencia de un numeroso gentío, que permaneció impasible, murieron aquellos leales servidores de un monarca infame, que de miedo á los españoles, renegó de sus servicios, premiando con negra felonía la obediencia que le prestaron.

## XXXVIII.

Pero el descastado magnate tuvo tambien castigo.

Cuando Cortés supo por Cuauhpopoca que lo que hizo fué por orden de Motecuhzoma, se presentó á este con algunos de sus capitanes, y con un soldado que llevaba unos grillos.

Ya en presencia del monarca, no le hizo ninguna ceremonia, sino que con tono severo le dijo que Cuauhpopoca le inculpaba como autor de la muerte de Escalante y de sus soldados; que habia condenado al señor de Nauhtlan y á sus compañeros al último suplicio, suplicio que merecia el mismo emperador; pero que en consideracion á los beneficios que le habia hecho, y al afecto que manifestaba por el rey de España, Cortés, el aventurero, á Motecuhzoma, al poderoso tecutli de los mexica, le concedia la gracia de la vida; pero como no podia dejar de castigarlo, le habia impuesto una pena por su delito!

Y lleno de una cólera que sin duda tuvo mucho de fingida, ordenó que engrillaran al soberano, y le volvió la espalda y se retiró.

Motecuhzoma fué engrillado sin poder, acaso de ira, de susto ó de asombro, proferir ni una sola palabra; perdió des-

pues el sentido: cuando volvió en sí, tuvo momentos de impaciencia; pero luego se calmó resignándose á su desdicha, que creyó le venia de sus dioses.

Una vez ejecutados Cuauhpopoca y sus compañeros, Cortés volvió á la habitacion de Motecuhzoma, le habló con cariño, le exajeró nuevamente la gracia que le hacia con no quitarle la vida, y mandó que le desengrillaran.

Motecuhzoma . . . se regocijó con tanto bien, abrazó enternecido á Cortés, é hizo muchos regalos á los españoles y á sus vasallos.

La guardia que custodiaba al preso se retiró de orden de Cortés, quien dijo á Motecuhzoma que cuando quisiese, podia restituirse á su palacio.

Pero sea por miedo que hubiese cobrado á sus vasallos, quienes veian con descontento su conducta con los españoles, sea porque estos corriesen algun peligro si él se separaba de sus cuarteles, lo cierto es que Motecuhzoma no quiso abandonarlos.

Allí debía morir.

## XXXIX.

La arrogancia de los españoles, la influencia decidida que tenían en el ánimo de Motecuhzoma, la prision y el abajamiento de este hombre, sublevaron la dignidad de Cacamatzin, quien por medio de un mensajero quiso despertar en aquel monarca el sentimiento de su grandeza.

Todo fué inútil.

Y entonces Cacamatzin fué á Texcoco, convocó á sus consejeros y á otros personajes de su corte, les manifestó el peligro que corrian su independencian y su religion con aquellos extranjeros que habian reducido á Motecuhzoma al último grado de vergüenza, y por fin, les dijo que ya era tiempo de hacer la guerra por sus dioses y por su patria.

La mayoría de la asamblea se resolvió por la guerra; y con mucho sigilo se comenzaron á hacer los preparativos.

A pesar del secreto, supiéronlo Cortés y Motecuhzoma: Cortés, para impedir el golpe, quiso marchar sobre Texcoco; pero Motecuhzoma lo evitó, dándole á conocer las fuerzas de aquella monarquía.

Entonces resolvió el capitán español mandar á Cacamatzin un embajador recordándole la amistad y alianza que se

habian prometido en Axotzinco, y haciéndole ver las dificultades y los males de la guerra.

Cacamatzin respondió:

—No son mis amigos los que quitan el honor y los que oprimen á la patria, y ultrajan á mi familia, y desprecian mi religion; no sé ni me importa saber quién es el rey de Castilla; y si Cortés quiere evitar el golpe que le amenaza, que salga inmediatamente de México y que regrese á su país.

Una segunda embajada obtuvo la misma respuesta, digna de uno de los hombres de Plutarcó.

Entonces Cortés se quejó con Motecuhzoma; y para asegurarse de su mediacion le dió á entender que le parecia que él tenia alguna parte en los planes hostiles de su sobrino.

Asustado Motecuhzoma con esa sospecha se deshizo en protestas de lealtad á los españoles, y envió á llamar á Cacamatzin.

Cacamatzin dió esta respuesta, llena de augusta soberbia:

—Si despues de tanta infamia hubiera quedado en el alma de Motecuhzoma el menor sentimiento de honra, se avergonzaria de ser el esclavo de cuatro aventureros, que mientras lo halagan con palabras, lo ultrajan con sus hechos. Y pues no basta á moverlo el celo de la religion y de los dioses acolhuas, despreciados por esos hombres, ni quiere defender la religion, ni vengar á los dioses, ni conservar su reino, ni recobrar el honor, yo iré, sí, iré á su corte como me lo ruega; pero no con las manos en el pecho, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los mexica con la sangre de los españoles.

Espantado Motecuhzoma con esa respuesta, y temiendo, bien la venganza de los conquistadores, bien el furor de Cacamatzin, resolvió salvarse cometiendo una traicion.

Servian en la guardia de Cacamatzin unos oficiales tenochca, y Motecuhzoma les ordenó en secreto que se apoderasen de él y le condujesen á México.

Los tenochca, concertados con otros acolhuas, se dispusieron á ejecutar las órdenes de su amo.

Y una noche cayeron sobre Cacamatzin que dormia tranquilo en uno de sus palacios situado á orillas del lago, y embarcándolo en una canoa, le condujeron á México.

Moteczuhzoma le entregó inmediatamente á Cortés.

Cacamatzin fué encerrado en un calabozo, y Moteczuhzoma, con aprobacion de Cortés, dió á Cuicuitzcatzin la corona de Acolhuacan.

Despues de la prision de aquel jóven, valiente y desventurado rey, no pasó mucho tiempo sin que Cortés se apoderara del rey de Tlacopan, de los señores de Ixtapalapan y de Coyohuacan, ambos hermanos de Moteczuhzoma, de los hijos de éste, de Itzcuahtzin, señor de Tlaltilulco, de uno de los grandes sacerdotes de Tenochtitlan, y de otros personajes de alta gerarquía.

Estas prisiones dejan comprender que el capitan español no se encontraba muy tranquilo en medio de aquellos pueblos.

## XI.

Tantas prosperidades unidas á la abyecta sumision de Moteczuhzoma, hicieron mas exigente á Cortés, y le animaron á dar el último golpe á la dignidad y á la independencia del imperio.

Exigió de Moteczuhzoma que hiciese su sumision al rey de España, como descendiente que era de Quetzalcoatl.

El imbécil soberano convocó á la nobleza de la córte y á la de las ciudades de los alderredores, y les dijo un largo discurso, recordándoles la antigua tradicion de que los descendientes de Quetzalcoatl, debian ser los amos de la monarquía, concluyendo con asegurarles que el rey de España era el heredero de aquella deidad, y que por lo mismo debian reconocerle como á su rey y señor.

Con todo y su conviccion, no pudo menos de apenarse y de llorar al reconocerse y confesarse súbdito de otro monarca.

Y los nobles tambien lloraron, pero se sometieron.

Cortés les dió las gracias por su sumision, les aseguró que aunque vasallo del rey de España, Moteczuhzoma seguiria reinando, é hizo levantar un instrumento público de aquel acto, para enviárselo á D. Carlos.

Entonces llegó su vez á la codicia. Cortés exigió de Motecuhzoma que manifestase su sumision á Carlos por medio de un presente de oro y plata; y Motecuhzoma le dió todo el tesoro de Axayacatl, y ademas la contribucion que dieron los señores feudatarios de la corona.

Separaron de todo el quinto para el rey de España; y con lo demas, pagó Cortés las deudas que contrajo en Cuba para armar su expedicion, remuneró á sus oficiales y á sus soldados, y aun le quedó una enorme suma para los gastos futuros.

## XLI.

La fortuna que tanto habia sonreido á los españoles, no podia menos que presentárseles ceñuda alguna vez.

El estado humillante que guardaba Motecuhzoma; la prision de Cacamatzin, de Cuitlahuatzin, de los sacerdotes y de tantos otros personajes; el sometimiento de la nacion á un rey extraño, y la vanidad que manifestaban los españoles, acabaron por hacer estallar el descontento de la nobleza mexicana, que hasta entonces lo habia soportado todo por respeto á su soberano.

Pero llegó la vez en que comenzaron las murmuraciones; á estas siguieron las juntas en que los nobles se echaban en cara su propia tolerancia, y en que se proponian proyectos para arrojar á los españoles fuera del imperio.

Valiéronse de que algunos de los favoritos de Motecuhzoma le pusieran en evidencia la vergüenza y los peligros de la situacion, la inquietud y la impaciencia de nobles y plebeyos al verse sometidos á los extranjeros, y le exhortaran á sacudir el miedo que le dominaba, y á recobrar su poderío.

Los sacerdotes le hablaban en nombre de los dioses, ame-

nazándole con tremendos castigos, si no echaba del país á aquellos hombres que destruían el culto.

Cediendo Motecuhzoma á aquellas razones y á estas amenazas, queriendo librarse del epíteto de cobarde, y afligido por la desgracia de sus hermanos y demás parientes que estaban en poder de Cortés, llamó á este y le significó que á su pesar, pero temeroso del castigo de los dioses y por el descontento de sus vasallos, le pedía que regresara pronto á su patria.

Cortés disimuló el disgusto que le ocasionó la resolución de Motecuhzoma, y le dijo que estaba pronto á irse; pero que no teniendo naves en que embarcarse, necesitaba hacerlas, y que esto demandaba tiempo.

Motecuhzoma se llenó de alegría al ver la docilidad que le mintió Cortés para obedecerle, y le abrazó diciéndole que no era preciso que se marchase muy pronto, y que podía esperar á que se construyesen los buques.

Pero, pasados ocho días, hizo llamar de nuevo á Cortés, y, presentándole unas pinturas, le dijo que no era necesario que construyese buques para irse, pues podía marcharse en los diez y ocho que acababan de llegar á Chalchiuhecán.

Era la armada de Pánfilo de Narvaez que venía contra Cortés.

## XLII.

Narvaez venía á batir á Cortés por vasallo traidor á su soberano.

Cortés, al principio creyó que aquella escuadra llegaba en auxilio suyo, y que en ella venían los procuradores que un año antes había enviado á España.

Desengañado despues, trató de atraer á Narvaez á un avenimiento, lo cual no consiguió.

Motecuhzoma, que al principio creyó á Narvaez amigo de Cortés, y que en tal concepto le envió varios regalos, supo al fin la verdad; pero en vez de aprovechar esta circunstancia para librar á su patria y acabar con los españoles, fué bastante necio para afligirse por el peligro que Cortés iba á correr en su expedición contra Narvaez, y le ofreció un ejército, que aquel por recelo á los mexica no quiso aceptar.

Buscó los auxilios de Chinantla, de Tlaxcallan y de otros pueblos, y partió hácia la costa dejando en México ciento cuarenta españoles.

Esto pasaba á principios de Mayo de 1520.